

VIOLENCIA POLÍTICA Y RACISMO EN EL SALVADOR Y GUATEMALA. UNA LECTURA CRÍTICA A PARTIR DE LAS OBRAS DE GOULD-LAURIA Y HALE

J. Kenny Acuña Villavicencio

Dr. (Sociología), prof., (johnkenny291@yahoo.com.mx)

Director de la Unidad de Estudios de Posgrado

Universidad Hipócrates

Av. Andrés de Urdaneta No. 360, CP. 39355 Acapulco, Gro., México

Recibido el 19 de septiembre de 2020

Aceptado el 15 de diciembre de 2020

DOI: 10.37656/s20768400-2021-1-07

Resumen. *La movilización de los centroamericanos hacia Estados Unidos por territorio mexicano merece una explicación que guarda relación con la manera como las clases dominantes de El Salvador y Guatemala llegaron a consolidar un imaginario social a partir de la represión y la marginalización de los Otros o, para ser más precisos, de aquellos sectores campesinos e indígenas que, bajo determinadas circunstancias, impulsaron cambios y revueltas en detrimento del Estado terrateniente y/o, acaso, finquero. Estas resistencias llevadas a cabo en distintas temporalidades, 1932 y 1979, por decirlo de algún modo, dieron lugar a que se conjugara desde el poder una serie de eventos políticos de legitimación y control de la sociedad con la finalidad de reorganizar el trabajo e impulsar la reproducción ampliada del capital. Por lo dicho, el presente trabajo pretende realizar una lectura crítica sobre la violencia política y la discriminación étnica a partir de los trabajos de Jeffery Gould-Aldo Lauria y Charles Hale., toda vez que ha servido como base para entender la formación de un Estado neoliberal que a la fecha no ha podido resolver la crisis económica y migratoria.*

Palabras clave: *violencia política, racismo, clase, etnia, Centroamérica, El Salvador, Guatemala*

**POLITICAL VIOLENCE AND RACISM IN EL
SALVADOR AND GUATEMALA.
A CRITICAL READING FROM THE WORKS
OF GOULD-LAURIA AND HALE**

J. Kenny Acuña Villavicencio

Dr. Sci. (Sociology), prof., (johnkenny291@yahoo.com.mx)

Director of the Postgraduate Studies Unit

Hippocrates University

Av. Andrés de Urdaneta No. 360, CP. 39355 Acapulco, Gro., México

Received on September 19, 2020

Accepted on December 15, 2020

DOI: 10.37656/s20768400-2021-1-07

Abstract. *The mobilization of the Central Americans towards the United States through Mexican territory deserves an explanation that has to do with the way in which the ruling classes of El Salvador and Guatemala came to consolidate a social imaginary from the repression and elimination of the marginalized or, to be more precise, of those peasant and indigenous sectors that, under certain circumstances, drove changes and revolts to the detriment of the landowner State and / or, perhaps, a farmer. These resistances carried out at different times, 1932 and 1979, so to speak, resulted in a series of political control and mediation events being combined from power in order to reorganize the work and promote the expanded reproduction of the capital. Therefore, this paper intends to make a critical reading about political violence and ethnic discrimination based on the works Jeffery Gould-Aldo Lauria and Charles Hale, since it has served as a basis for understanding the formation of a neoliberal state that date has not been able to resolve the economic and migration crisis.*

Keywords: *political violence, racism, class, ethnicity, Central America, El Salvador, Guatemala*

**ПОЛИТИЧЕСКОЕ НАСИЛИЕ И РАСИЗМ В
САЛЬВАДОРЕ И ГВАТЕМАЛЕ. КРИТИЧЕСКОЕ
ПРОЧТЕНИЕ ПУБЛИКАЦИЙ
ДЖ. ГОУЛДА-А. ЛАУРИА И Ч. ХЭЙЛА**

Кени Акунья Вильявисенсио

Д-р. социол. наук, проф. (johnkenny291@yahoo.com.mx)

Декан Отделения заочного обучения

Университет Гиппократа

Av. Andrés de Urdueta No. 360, CP. 39355 Acapulco, Gro., México

Статья получена 19 сентября 2020 г.

Статья принята 15 декабря 2020 г.

DOI: 10.37656/s20768400-2021-1-07

***Аннотация.** Миграцию населения Центральной Америки в США через территорию Мексики можно объяснить, на примере Сальвадора и Гватемалы, политикой правящих классов, основанной на репрессиях и маргинализации тех крестьянских и индейских слоев населения, которые в определенные моменты восставали против помещичьего государства. Сопrotивления режиму, возникавшие в различные периоды и, в частности в 1932 и 1979 годах, побуждали власти принимать ряд мер по усилению контроля над обществом с целью реорганизации труда и расширенного воспроизводства капитала. Задача данной статьи состоит в критическом рассмотрении политического насилия и этнической дискриминации в указанных странах на основе работ Д. Гоулда — А. Лауриа и Ч. Хэйла, объясняющих причины, по которым образовавшиеся неолиберальные системы не смогли решить экономический и миграционный кризис.*

***Ключевые слова:** политическое насилие, расизм, классы, этния, Центральная Америка, Сальвадор, Гватемала*

Introducción

Los autores de *Rebelión en la oscuridad 1932*, Gould y Lauria, y *Más que un indio*, Charles Hale, nos explican los orígenes de la violencia política y la contraposición entre la

clase dominante y los grupos étnicos de El Salvador y Guatemala, pero no son suficientes para desentrañar los discursos sobre la otredad, el funcionamiento del Estado (neoliberal) y la desigualdad existente en la actualidad. Cabe aclarar que las relaciones políticas y económicas se tejieron a partir de la creación material de una forma de política sin ciudadanos. Es decir, la consolidación del Estado-nación-finquero hizo que prevaleciera la dominación sobre la mano de obra racializada en el proceso inmediato de la acumulación de la riqueza. Esto dio lugar a la creación de una sociedad clasista y opuesta a los intereses de las masas populares o campesinas. Cabe indicar que este imaginario político heterogéneo y abigarrado que se había desarrollado en gran parte de América Latina trajo consigo una ola de demandas y rechazos que se concretaron en historias de lucha, resistencia y, también, en aniquilamientos étnicos de parte de los grupos o élites. Sin duda alguna, se trata de experiencias que merecen ser revisitadas y cuestionadas a partir de una mirada crítica que ponga en entredicho el análisis lineal de la historia. Esto implica pensar las relaciones capital-trabajo-no-asalariado como un proceso inherente a la formación del capitalismo en El Salvador y Guatemala. Dicho esto, se puede decir que Gould y Lauria, si bien rebautizan el concepto de genocidio para entender la realidad salvadoreña de 1932, puesto que la consideran como delito y ejercicio de una *forma* política de ejercer la autoridad, no consideran como punto de partida la clase y el poder como categorías fundamentales para comprender la violencia política y la masacre étnica que tanto se cuestiona [1]. Bajo este mismo hilo discursivo, Charles Hale sostiene que la violencia política desbordada por los militares y ladinos en contra de los indígenas guatemaltecos debe ser asimilada como un proceso histórico

complejo que permitió la creación de un Acuerdo de Paz y la construcción de una sociedad multicultural (más incluyente) [2]. Sin embargo, es necesario indicar que el multiculturalismo al igual que el genocidio como categoría de análisis se encarga de atomizar el derecho de todo individuo y hace entrever que el imaginario político se fundamenta a partir de la construcción de la historia vista desde arriba. Esto implica reconocer al Otro, crear comisiones de la verdad y dar apertura de museos de la memoria como formas de reconciliación con la sociedad. Por ello, la necesidad de apelar a la razón dialéctica en tanto método de trabajo y recurso indispensable para construir horizontes sociales menos desgarradores.

I. Violencia política. En 1932, en El Salvador se dio inicio a una forma de dictadura en la que el ejército se hizo del poder hasta 1979. La prolongación de este régimen hizo que la sociedad entrara en una guerra civil sumaria que culminó en la masacre de miles de campesinos. El Partido Comunista Salvadoreño inspirado en el triunfo de la revolución bolchevique de 1917 organizó la insurrección de 1932 e hizo que se movilizaran las masas campesinas y obreras. Dicho partido estuvo conformado por intelectuales, estudiantes y, sobre todo, por campesinos, quienes al ser mayoría habían encabezado el movimiento contra el Estado terrateniente. En medio de esta ola de manifestaciones y de rechazos populares se llevaron a cabo varios mecanismos de control como la persecución y la eliminación de un sector de la población. A decir verdad, las grandes familias cafetaleras no permitirían que la resistencia rural triunfara, al contrario, ésta debía ser aniquilada del escenario político. Para ello, era necesario generar coaliciones con las fuerzas del orden y con naciones extranjeras como Estados Unidos. Esto implicaba la defensa de la nación-finquera

a cualquier precio: la desaparición del Otro era una necesidad política y un recurso indispensable en la legitimación de la reproducción de las relaciones mercantiles.

Para Gould y Lauria la desaparición forzada de los campesinos es considerado como genocidio, porque se trata de una categoría que ha sido “más aceptada” por el medio académico y, además, da cuenta de la existencia de diferentes culturas en contraposición [1]. No obstante, bajo mi consideración esta categoría obnubila otros puntos álgidos que tienen que ver con el antagonismo social, la etnicidad y la gestación de imaginarios sociales que ponen en entredicho la existencia del mundo de la desigualdad económica y cultural. Se trata de elementos que merecen ser redescubiertos y puestos en vigencia para comprender que la violencia política y la sujeción de una población determinada devino clase y dominación. Este hecho no es para menos, porque la sujeción sobre el individuo nos hace entender que la oligarquía salvadoreña se consideraba superior y estaba determinada por el fenotipo, es decir, por el color de la piel más que por el poder que detentaba. Esta experiencia responde al hecho de que la resistencia se desarrollaba no sólo para invertir el mundo, sino también para tejer mundos sociales e intersubjetivos a partir de la recuperación de la tierra. En otras palabras, las raíces de la violencia política salvadoreña se nutrieron a partir de la renta del suelo, puesto que cualquier intento de ser resuelta con medidas de administración o burocracia constituiría un hecho meramente superficial para los campesinos. De este modo, se consumaba una ola de rechazo que ponía de cabeza a los aparatos del Estado. Cabe señalar que el poder genera violencia y ésta se nutre de la existencia misma de la dominación de una clase sobre otra.

La masacre de 1932 desde una mirada del genocidio puede ser asumida como un mero atentado que va en contra de los derechos humanos. No obstante, ésta no explica las razones por las cuales un régimen militar tiene la potestad de aniquilar al Otro. Una de las causas de la confrontación entre Estado y sociedad en emergencia se remonta años atrás a esta fecha, donde los campesinos, quienes habían sido despojados de sus tierras, exigían para sí una verdadera reforma agraria. De este modo se instituía un antagonismo en contra de la clase gobernante y terrateniente. Cabe aclarar que el valor de la tierra fue un elemento importante en el desencadenamiento de la especulación sobre la productividad agrícola que incitó a la oligarquía agro-financiera a invertir y crecer como una clase dominante respecto a los pequeños minifundios. Ante esta situación, los campesinos tenían muy pocas opciones de sobrevivir, pues, además de ver fragmentadas sus tierras se veían obligados a buscar trabajo asalariado en las haciendas.

La clase minifundista se hizo del poder local y contaba con una fuerza de trabajo de origen rural. Este fenómeno en crecimiento generó la aparición de nuevos grupos políticos y sociales como los colonos o semiproletarios, quienes vivían del trabajo esporádico o rutinario. La aparición de estos sujetos hizo que la sociedad salvadoreña se encontrara sumida bajo un proceso complejo de clasificación y luchas campesinas. Esto obligó a que los terratenientes empezaran a controlar la economía rural y a contar con una mano de obra barata. No obstante, esta masa marginal junto a la clase trabajadora y campesina se convertirían en los sujetos antagónicos de la clase dominante.

La crisis del campo y la caída del café en 1927 hicieron que se impulsara una reforma agraria desde abajo. Ante esta

problemática, los terratenientes impulsaron serios recortes a los gastos en la agricultura y forzaron a los campesinos a trabajar en el campo. Pero, no solo ello, esta reorganización de las relaciones laborales y económicas dio origen a un nuevo sujeto, el colono, quien era el nuevo dependiente de las condiciones materiales y económicas. Este sujeto se encargaba de labrar la tierra en condiciones miserables y habitualmente su salario dependía de la voluntad del patrón. Debido a esto, miles de ellos empezaron a cuestionar las dinámicas económicas del campo y, sobre todo, a impugnar las relaciones amo-peón. Dicho fenómeno permitió que tanto colonos como campesinos se aliaran con la izquierda (Partido Comunista Salvadoreño, Socorro Rojo Internacional y la Federación Regional de Trabajadores de El Salvador) e impusieran proyectos disímiles a los intereses del Estado terrateniente. Me refiero al levantamiento armado que se puso en vigencia en muchas partes de América Latina. A decir verdad, este tipo de rebeldía reflejaba *momentos coloniales* que continuaban su marcha paradójicamente en un mundo contemporáneo, pues el problema del campesino era en realidad un problema de la tierra y de quién la poseía [3].

Ante el levantamiento popular el Estado recurrió al ejército con la intención de reorganizar las relaciones sociales y económicas. Para ello, el miedo y el terror en el campo eran considerados como mecanismos necesarios para que la clase gobernante resguarde sus medios de producción y explotación social. A mediados de la década de los años 30, la Guardia Nacional (GN) llegó a replegar no sólo las insurrecciones populares, sino también a realizar persecuciones a todos los partidos de izquierda. De este modo, el Estado creaba estados de sitio y excepción en el que se prohibía la manifestación, el mitin

y las reuniones. Además, se ordenaba el arresto de todos los líderes izquierdistas o comunistas que pretendían desestabilizar al gobierno. En agosto de ese mismo año, la GN con pretexto de hacer respetar los decretos de Estado y restablecer el *statu quo* llegó a reprimir a todas las manifestaciones sociales que se llevaban a cabo en muchas ciudades. Por entonces, sin excepción alguna, toda persona contraria al poder o de apariencia campesina era considerado como un sujeto peligroso para el orden. Al respecto, sostengo que en El Salvador el genocidio no explica del todo el problema finquero, puesto que lo que imperó y proliferó fue un movimiento político de tipo sectario, racista y cuyas acciones se remontan a la colonia; por ningún motivo la élite salvadoreña y blanca permitiría una reforma agraria, mucho menos que los “indios” (los) gobiernen, ellos habrían nacido para obedecer y labrar las tierras.

La reacción contra el movimiento político se dio de manera clasista y discriminatoria. Además, el Estado impuso reglas no solo para mantener la hegemonía de la clase gobernante, sino para legitimar la explotación del campo. A los “ojos de los subalternos, ellos [la clase gobernante] adquirieron su riqueza y su poder legítima y merecidamente” [4]. Según Guha la legitimidad se consume con la finalidad de ser “construida por las instituciones” y la praxis de éstas se dan con la finalidad de dominar, persuadir y coaccionar a la clase subalterna [5]. Además, lo “subalterno” como clase dominada y los lugartenientes de la clase dominante representan una diferencia demográfica, es por ello que en El Salvador la legitimidad económica y política lograda por la clase dominante no se centró en la rebelión de 1932, sino en las formas de acumulación y explotación coloniales.

Marx menciona que la propiedad se creó en la colonia y tuvo sus repercusiones en la construcción del capitalismo. Con base en esta idea, la hegemonía del régimen militar incluyó la sumisión total de parte de los grupos subalternos debido al proceso de privatización de las tierras ejidales y comunales que se dieron desde el año de 1881 en el país centroamericano [6]. Esto permitió poner en marcha una economía dinámica que estuvo orientada hacia la producción comercial del café, el maíz y otros granos. Todo esto se dio con el propósito de que El Salvador se convierta en un país “agro-industrial”. No obstante, conforme crecía la economía se desestructuraba el campo y emergían nuevos grupos o clases subalternas como los colonos. Cabe señalar que en 1932 la tierra estaba controlada por la burguesía terrateniente y por los ladinos. Ellos sentían aversión al mundo rural y, además, consideraban que los campesinos no podían asimilar características de la cultura dominante y moderna, porque sus estructuras sociales y políticas respondían a formas histórico-coloniales. De este modo, la hegemonía salvadoreña redefinió las reglas de juego de la clase subalterna y la clase gobernante, pero con la diferencia de que esta última contaba con el apoyo de los aparatos políticos de represión.

II. El imaginario maya en Guatemala. La rebelión de los indígenas mayas en 1977 originó una respuesta contundente de parte de los ladinos o euro-ladinos, quienes se encontraban en el poder y controlaban el sector productivo. En este tiempo, las instancias de represión política eran las responsables de la ejecución y desaparición forzada de por lo menos 700 mil indígenas. Este conflicto interno se prolongó durante los años ochenta y culminó en un Acuerdo de Paz de 1996 que declaraba a Guatemala como una nación multicultural y que estaba dispuesta a eliminar las diferencias entre ladinos e indígenas. Al

respecto, es necesario mencionar que en la década de los años 60 el Estado con ayuda de Estados Unidos se había dado la tarea de perseguir a las guerrillas, así como a los indígenas, quienes se movilizaban para defender sus derechos ante los ladinos. Cabe recordar que el ladino nace en el siglo XIX, luego de la revolución liberal de 1871, y él es quien promueve el cogobierno con los liberales o euro-guatemaltecos. A partir de entonces los ladinos consideraban que los indígenas se habían quedado en el tiempo, no podían enfrentarse al mundo moderno y, al contrario, eran ellos quienes debían asumir esa responsabilidad para construir una sociedad como tal. De este modo se iban consolidando las diferencias sociales y las resistencias prolongadas de tipo étnico.

En la actualidad, los gobiernos de izquierda en América Latina dieron un paso importante para condenar el racismo y afirmar la diferencia cultural como un proceso de construcción multicultural. No obstante, esta posición ha llegado a dividir a la sociedad latinoamericana (véase, por ejemplo, el caso de Bolivia y el ascenso de la derecha al poder). Es más, a través de esta categoría se ha llegado a empequeñecer los derechos individuales bajo el pretexto de que se reivindica la colectividad y se reconoce que las culturas o sociedades étnicas siempre han estado sometidas históricamente desde la colonia. Es más, pareciera que es así, es decir, que el tiempo ha pasado y ellos, los indígenas, no tienen necesidad alguna de cuestionar su mundo o el nuestro, el de las desigualdades sociales y económicas. En *Más que un indio*, por ejemplo, se considera que el “multiculturalismo neoliberal” se nutre del reconocimiento de la diferencia cultural y de las distinciones interesadas entre los derechos culturales que merecen ser reconocidos y los que no lo merecen [2, p. 37]. Visto así, el multiculturalismo ha tenido un

factor decisivo en el control de las relaciones sociales de parte de los ladinos. El control político y el crecimiento económico fueron llevados a cabo con base en la contención de las verdaderas demandas de los pueblos indígenas mayas. Esto quiere decir que la necesidad del Estado de crear un país multiétnico se realizaba con la intención de garantizar la privatización de los sectores productivos y públicos. De este modo, el Estado no sólo se daba a conocer ante el mundo como una nación que había superado los problemas políticos y raciales, sino que postula la idea de generar desarrollo con identidad, pero sin la necesidad de hacer peligrar la dominación racial. De acuerdo con Foucault, en el discurso subsiste un orden y éste se ajusta a los paradigmas del dominador y a veces funciona como un medio para ocultar las razones de la dominación racial [7]. En ese sentido, si hacemos un recuento histórico podemos decir que el odio del ladino deviene colonialidad y dominación sobre el Otro. En otras palabras, la dominación de clase y el racismo étnico son resultados de una forma de dominación colonial que aún no ha sido resuelto.

El proyecto multicultural encubre la existencia del racismo colonial bajo la idea del desarrollo de las culturas y el reconocimiento de las identidades. En los años 80 desde Chimaltenango, los indígenas se habían movilizado en oposición a los burócratas ladinos, quienes se habían apoderado del control de dicho municipio. Por entonces, varios militantes bajo el liderazgo de comandante Rolando Morán habían creado otras guerrillas como el EGP (Ejército Guerrillero de los Pobres) y el FGACS (Frente Guerrillero Augusto Cesar Sandino) con la finalidad de derrotar el poder político local que mantenían los ladinos. Para los indígenas la guerrilla era un medio importante que podía derrotar a los terratenientes y ladinos; es más, las

manifestaciones sociales que se erigían desde abajo adquiría un carácter racial y postulaba la idea de que los pobres heredarían la tierra [1, p. 111]. La indignación popular era tal que anhelaban invertir la dominación de los grupos de poder y hacer que el derecho a la tierra sea reconstituido para quien la trabajaba. Al respecto, Yung sostiene que este imaginario debe ser explicado a partir de la tenencia de la tierra y de las relaciones patrón-trabajador. Pues, esto explica que: “las causas externas [los ladinos] son la condición de cambio y las causas internas [como los indígenas mayas] son la base de cambio...las causas externas entran en vigor por las causas internas” [8, p. 184-185]. Quiere decir, que el problema del indio es un problema material y, por tanto, el rechazo de los marginados tiene una connotación que va más allá de la coerción.

Las características centrales de estos procesos de diferenciación racial residen en el hecho de que las cualidades de los grupos sociales son fijas, se hacen naturales y se sostienen bajo el discurso de la pluralidad. A decir verdad, las relaciones coloniales operan no sólo como formas de coerción actuales, sino también se redefine a partir del movimiento del mercado y la cultura. El discurso de la diferencia desarrolla su lugar jerárquico y su representación en el escenario nacional articulado con el mundo conforme se estructura a partir de los intereses de clase y poder sociales. Lo políticamente correcto consiste en reconocer al indígena, así como desencadenar una serie de relaciones binarias que son propias de las relaciones coloniales: podemos respetar a los mayas, por ejemplo, pero siempre serán vistos como inferiores.

En ese sentido, se puede decir a grosso modo que la crisis política que se ha acentuado en estos últimos años tanto en Guatemala como en El Salvador y que ha seguido su curso en

plena crisis mundial, me refiero a la pandemia generada por el coronavirus, es resultado de aquellas intrincadas relaciones neocoloniales que no han hecho otra cosa que generar desigualdad, marginalización social y económica [10]. La migración de cientos de jóvenes y familias hacia territorio estadounidense es una muestra clara de las vigentes relaciones sociales y coloniales que aún generan condiciones de pobreza, precariedad y violencia de todo tipo [11].

Conclusión

A manera de conclusión considero que Gould-Lauria y Hale explican los casos de El Salvador y Guatemala a partir de categorías que no toman en cuenta los orígenes coloniales de la violencia política y mucho menos se entiende dicho proceso desde una perspectiva de clase, poder o etnia. El genocidio y el multiculturalismo no revelan por sí la masacre e insurrección de 1932 y 1977. Para entender la violencia política en estos países se debe considerar que las relaciones coloniales aún están presentes y se mantienen en los tejidos sociales. El odio y el racismo contra el Otro son secuelas de estas relaciones. Cabe recordar que la colonia creó instituciones como la encomienda y la mita que obligaban a los indígenas a trabajar de manera forzada y gratuita. De este modo no sólo se estructuraban las clases sociales, así como las jerarquías, sino también se dio lugar a que las élites bajo una concepción eurocéntrica gobernasen con distancia y rechazo. Por supuesto, esto provocó que en toda Latinoamérica se desprendieran resistencias y luchas armadas en favor de los marginados y en contra de las relaciones neocoloniales.

A diferencia de los manuscritos señalados desde un inicio sostengo que la violencia política salvadoreña y el racismo

guatemalteco son fenómenos que tienen sus raíces en la colonia. Con justa razón Fanón señala que, en las colonias contemporáneas, la infraestructura económica estaba gobernada por una superestructura racializada [9]. Es decir “se es rico porque se es blanco, se es blanco porque se es rico”. Sólo la violencia haría doblegar al Estado colonial, porque el uso de dispositivos culturales como el racismo se da con la finalidad de demostrar la “no humanidad” y la “no razón” de los mundos otros. La historia vista desde abajo nos dice que la violencia es un estado natural y no puede inclinarse más que ante una violencia desde arriba. El bienestar y el progreso europeo se han construido con el sudor y los cadáveres de los negros, los árabes, los indios y los amarillos. Fanón defendió a ultranza el papel que el campesinado ejercía en las luchas de liberación nacional, sin su participación en el escenario político no habría verdaderos momentos de independencia. Con base en esto, podemos asegurar que el levantamiento de los indígenas de El Salvador y Guatemala tuvo como horizonte e imaginario la construcción de un mundo menos desgarrador. La tierra fue un elemento indispensable para la movilización popular, porque fue el único medio de producción con el que contaba el hombre marginado. Cabe señalar que el levantamiento de los mayas tuvo como finalidad la desaparición del racismo ladino y la desigualdad social. Sin embargo, este hartazgo popular terminó en una masacre. Asimismo, la rebelión salvadoreña de 1932 cuestionó la privatización de la tierra, así como el trabajo asalariado en el campo, a contracorriente propuso como alternativa una auténtica reforma agraria, pero la represión opacó dicho propósito. No hay duda que el despojo y el racismo tienen sus orígenes en la colonia y éstos no se han desprendido del poder. En América Latina el problema del indio deviene un asunto colonial más que

cultural: es decir, el “indio” fue aislado de su único medio de subsistencia y la clase gobernante (el terrateniente) llegó a forzar su trabajo en el campo. Esto permite entender la lucha entre la clase gobernante y las etnias en Centroamérica. En un momento complicado como el que estamos viviendo, me refiero a la pandemia, la brecha social que existe en la actualidad es muy distante. Esto ha obligado a que muchos jóvenes y familias enteras continúen su éxodo hacia otras zonas como los países del norte con la finalidad de encontrar otros mundos de vida.

Bibliografía References Библиография

1. Gould, J. y Lauria, A. 1932 Rebelión en la oscuridad. El Salvador, Museo de la palabra y la imagen, 2008, 368 p.
2. Hale, C. Más que un indio. Santa Fe, School of Academic Research, 2006, 292 p.
3. Mariátegui, J.C. Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana. Venezuela, Editorial Ayacucho, 2007, 348 p.
4. Roseberry, William. “Hegemony and the Language of Contention”. In: Joseph y Nugent (ed.) Everyday forms of state formation: revolution and the negotiation of rule in modern Mexico. Durham, Duke University Press, 1994, pp. 355-66.
5. Guha, R. Las voces de la historia y otros estudios subalternos. Barcelona, Crítica, 2002, 115 p.
6. Marx, C. El Capital I. Crítica de la economía política. México, FCE, 2006, 849 p.
7. Foucault, M. El orden del discurso. Argentina, Tusquets, 2005, 76 p.
8. Young, R. Postcolonialism: An Historical Introduction. Oxford, Blackwell, 2001, 512 p.
9. Frantz F. Los condenados de la tierra. México, Fondo de Cultura Económica, 2001, 31 p.
10. Véase más: Leónova O. Crisis migratoria en Latinoamérica. *Iberoamérica*. Moscow, 2019, num. 3, pp. 104-124.
11. Véase más: Kudeyárova N. Caravanas de migrantes: crisis del sistema regional de regulación migratoria. *Iberoamérica*. Moscow, 2019, num. 1, pp. 65-87.